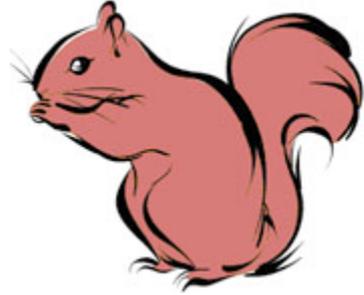


La ardilla huída

En una claridad de la selva, habitaba una familia de ardillas que vivían en paz y armonía.

La pequeña familia estaba constituida del papá ardilla, de la mamá ardilla y de una pareja de hijitos muy obedientes. Todos se estimaban sinceramente, pues entre ellos había comprensión y amistad.



Mientras el padre ardilla salía a la búsqueda del sustento de la familia, la mamá ardilla permanecía en casa cuidando de los hijos y de los quehaceres domésticos.

Cierta día, ardilla descubrió que iba a ser madre nuevamente. Todos quedaron muy felices. Al final las criaturas estaban crecidas y un bebé hacía falta en casa.

En poco tiempo la familia aumentó. ¡Era un lindo hijito!

El hijito creció rápido y se tornaba cada vez más exigente. La pequeña familia vivía en función de él, haciendo todas sus voluntades.

Más, ¡no todo podía ser permitido! Y cada vez que su madre lo reprendía, él quedaba enojado e infeliz.

Con el pasar del tiempo, comenzó a sentir que nadie lo amaba. Siempre estaban riñendo con él: ¡"No hagas esto, ardillita! ¡No hagas aquello! ¡Recoja sus cosas!

Un día cansado de todo, sintiéndose muy triste, se decidió a vivir libre en la selva. Su madre siempre lo alertaba de los peligros que encontraría, pero él nunca se preocupó. El padre jamás le permitió que se internara en el bosque solito preocupado con su seguridad. Ahora, no en tanto, él estaba libre y no precisaba obedecer las ordenes de nadie.

– ¡UF! Al final voy a llevar la vida que siempre deseé. Ya soy bastante mayor para cuidar de mí mismo – pensó.

Ando bastante por la selva, satisfecho de la vida.

A los pocos horas fue oscureciendo y el pequeño no había encontrado aún un lugar donde pudiera abrigarse. Los ruidos de la selva lo asustaban y él deseó estar al lado de su madre, siempre tan amorosa.

Más ahora estaba perdido. No sabía como volver. ¡Y, más allá de todo, tenía un hambre terrible!

La oscuridad fue haciéndose cada vez mayor y más aterradorante.

Cansado de tanto andar, el pequeño se cobijó en el tronco de un gran árbol y se adormeció después de mucho llorar.



De madrugada despertó oyendo el ruido de hojas secas. Alguien se aproximaba. Se levantó rápido. ¡Quién sabe si era alguien que pudiera ayudarlo?

Era un lobo enorme y amenazador.

Cuando el lobo vociferó, enseñando los dientes peligrosamente, la ardillita salió disparada.

Al percibir que no estaba al alcance del lobo, paró para descansar

– ¡UF! ¡Que sofocación! – dijo más aliviado.

En eso, oyó un ruido extraño, como si fuesen silbidos. Miró para el suelo y se tropezó con una enorme cobra preparada para dar el salto.



Aterrorizado, huyo nuevamente tan rápido como le permitían las piernas.

Con el corazón dándole saltos y la respiración muy agitada, paró junto a un árbol. ¡Sus piernas estaban flojas! Se recostó en ellas para recuperar el aliento, cuando escucho un zumbido diferente.

¿Qué sería? Miró para un lado y percibió que casi tocara un gran nido de abejas. ¡Y ellas parecían realmente enfadadas!



Reuniendo las fuerzas, huyo de nuevo procurando escapar del enjambre que venía en su dirección.

Mirando para tras vio un riachuelo a su frente. Cayo dentro de el quedando todo mojado.

Felizmente, las abejas lo perdieron de vista y la ardillita pudo salir del agua tranquilamente.

Mirando a su alrededor, reconoció el lugar. ¡Si! ¡Estaba cerca de casa!

Más confiado, tomo una pequeña senda y en pocos minutos llegó a la claridad

donde residía.

Todos quedaron felices y aliviados con su regreso y lo abrazaron repetidas veces.

Más rehecho, después de alimentarse convenientemente, la ardillita dijo a su madre:

– ¿Sabes mamá? ¡Descubrí que nada es mejor que el hogar de la gente! Pensé que no me amaban, porque vivían reprendiéndome. Ahora, sé que es justamente por amarme mucho que actúan así. Pase por muchos peligros, sintiéndome solo y desamparado. Apenas aquí, junto a ustedes, estoy seguro y tranquilo.

Y la madre, con lágrimas en los ojos, afirmó risueña:

– Es verdad, hijo mío. Nada como el amor de la familia. Sin embargo, jamás estuvo desamparado. Dios velaba por usted y lo trajo sano y salvo a nuestro hogar.

Y la ardillita, bajando la cabeza, dijo conmovido:

– ¡Gracias, Dios mío, por la familia maravillosa que el señor me concedió!

Tía Celia

Autora: Celia Xavier de Camargo
Traducción: Izabel Porras González
Revisión: Valle García Bermejo